

Feminista: una calificación que la mujer rechaza

Desde el cortometraje "El mundo de la mujer", María Luisa Bemberg apuntó con su cámara contra la imagen tradicional femenina que, a lo largo de la historia, se pretendió transmitir como un molde permanente. La mujer doméstica, la que procrea y alimenta. Una mujer sólo preocupada por agradar al hombre, que consume revistas donde le explican las tácticas adecuadas, que se interesa por la moda y los cosméticos. Una mujer que de la dependencia paterna pasa a la conyugal, sin enterarse que tiene un destino personal y que es dueña de decidir qué hacer con él. De distintas maneras, en "Momentos", "Señora de nadie" y "Camila", María Luisa Bemberg imprime su sello feminista, mostrando en cada una de esas historias a mujeres no convencionales, con una clara y decidida convicción de jugar su propio rol.

—María Luisa Bemberg, más allá de ser una talentosa directora cinematográfica, usted es nota por lo excepcional que resulta una mujer haciendo cine...

—Medio triste, ¿no?

—Por eso se lo plantea...

—Y... sí, somos minoría en todo. En política, en ciencia, en arte, en técnica. Son nuestros primeros pasos. Espero que con mi trabajo, exhibiéndose mis películas, otras mujeres quieran hacer cine, que es un medio expresivo que las asusta un poco, por lo técnico y por lo viril que parece el determinar hacerlo.

—Las mujeres que tienen una actividad pública, ¿se sienten obligadas a rendir examen ante el hombre?

—Permanente tenemos que rendir examen, somos tan tontas que aceptamos rendir examen. ¡Ojo!, Yo creo que la fuerza es la debilidad del otro. Las mujeres tenemos que aprender a manejarnos de acuerdo a nuestras propias pautas, y no estar siempre tan preocupadas por lo que van a pensar ellos...

—Pero también es cierto que nos cuesta mucho más ganar un lugar, aun en igualdad de condiciones...

—Nos cuesta el doble. Y en igualdad de condiciones, se elige al varón. Tiene que valer el doble la mujer para lograr lo mismo.

—Numéricamente las mujeres no somos minoría, ¿por qué se permite que las reglas las maneje el hombre?

—Porque la mujer ha estado sometida durante tantos milenios que se le hace muy difícil salir de ese molde que la tiene paralizada. Además, continúa el patriarcado en lo social, en lo político, en lo familiar. Y es difícil porque por un lado, tenemos que liberarnos de ese patriarcado, pero por el otro, los amamos porque son nuestros padres, nuestros maridos, nuestros hijos. Entonces es una lucha muy conflictiva, porque implica una ruptura. Es subversivo en el sentido profundo de la palabra, que es subvertir el orden tradicional donde el jefe de la familia es el padre, y la mujer y los hijos son dependientes. Ahora, lo que se trata es que realmente la pareja sea pareja, democrática. Creo que si a la democracia le cuesta tanto imponerse en el mundo es porque no se vive en términos de igualdad.

—¿Le cuesta al hombre comprender esa igualdad?

—No es que el hombre no sea capaz de comprender, sino que no le conviene. Porque si la mujer le dice: "A partir de hoy compartiremos las tareas del hogar, porque los dos vamos a trabajar", él piensa: "¡Me la cambiaron!, ésta no es la mujer que estaba en los papeles...". Evidentemente, él ha idealizado a la mujer a través de la imagen de la madre, de la abuela, con la idea milenaria de que debía ocuparse de los hijos y de los alimentos. Y de ninguna manera se trata de renegar la dicha de tener un hijo, sino de que eso no se convierta en una carga. Esta concientización demandará un trabajo lento, va a tardar, yo no lo voy a ver. Llevará cien o doscientos años, porque es un cambio profundo que empezó recién hace una década, con el control de la natalidad. Antes, las mujeres estaban tan abrumadas de maternidades no deseadas, con diez, doce o catorce hijos, que no tenían tiempo para pensar. Pero hoy, con el control de la maternidad —por un lado— y con los aparatos electrodomésticos —por el otro—, las mujeres disponen de más tiempo para replantearse su vida, para comprender que ellas también tienen un destino personal, y recién ahora están comenzando a hacer intentos para ocupar un lugar en el mundo. Un lugar que, además, para el mundo es imprescindible que ocupemos, porque las mujeres estamos mucho más apegadas que el hombre a lo que es la vida, la paz, la ternura...

—¿Por qué algunas mujeres se prestan al rol de objetos, como en el caso de ciertas modelos publicitarias?

—Porque vender belleza es, para esas mujeres, una manera rápida de progresar económicamente. Saben que es efímero, que les va a durar unos diez años y tratan de capitalizarlos. También están las mujeres que se lanzan a la carrera de encontrar un marido prestigioso para, a través de él, llegar a posiciones, a las cuales no hubieran accedido nunca, lo cual implica una sutil prostitución, una prostitución legalizada en el matrimonio.

—¿Cómo puede tomar conciencia sobre sus derechos la mujer que se encuentra en una situación de postergación total, aquella que no accede ni a la educación, ni al bienestar?

—No es que el hombre no sea capaz de comprender, sino que no le conviene. Porque si la mujer le dice: "A partir de hoy compartiremos las tareas del hogar, porque los dos vamos a trabajar", él piensa: "¡Me la cambiaron!, ésta no es la mujer que estaba en los papeles...". Evidentemente, él ha idealizado a la mujer a través de la imagen de la madre, de la abuela, con la idea milenaria de que debía ocuparse de los hijos y de los alimentos. Y de ninguna manera se trata de renegar la dicha de tener un hijo, sino de que eso no se convierta en una carga. Esta concientización demandará un trabajo lento, va a tardar, yo no lo voy a ver. Llevará cien o doscientos años, porque es un cambio profundo que empezó recién hace una década, con el control de la natalidad. Antes, las mujeres estaban tan abrumadas de maternidades no deseadas, con diez, doce o catorce hijos, que no tenían tiempo para pensar. Pero hoy, con el control de la maternidad —por un lado— y con los aparatos electrodomésticos —por el otro—, las mujeres disponen de más tiempo para replantearse su vida, para comprender que ellas también tienen un destino personal, y recién ahora están comenzando a hacer intentos para ocupar un lugar en el mundo. Un lugar que, además, para el mundo es imprescindible que ocupemos, porque las mujeres estamos mucho más apegadas que el hombre a lo que es la vida, la paz, la ternura...

—¿Cómo puede tomar conciencia sobre sus derechos la mujer que se encuentra en una situación de postergación total, aquella que no accede ni a la educación, ni al bienestar?



—Una de las cosas más importantes sería que las mujeres le perdieran el miedo a la palabra feminista. Es un calificativo que rechazan. Aunque vivan de una manera bastante libre, autónomas, dicen: "Pero feminista no soy". Y me he preguntado por qué ese miedo a la palabra y, cosa curiosa, he descubierto que es por temor a desagradar al varón. O sea que, una vez más, la preocupación de la mujer es más con respecto al hombre, que con sus propias hermanas. No hay una solidaridad manifiesta; la mujer, cuando se refiere a otras dice "ellas", y no "nosotras". Como si cada mujer, individualmente, no perteneciera a esa casta subalterna. Porque las propias mujeres miran con cierta desconfianza, con un cierto desprecio al sexo femenino, "el segundo sexo", como bien dijo la infatigable Simone de Beauvoir.

—El rechazo proviene también porque se asocia el feminismo como la otra cara del machismo...

—Claro, pero el feminismo pretende excluir al machismo, porque cuando éste no exista, tampoco tendrá sentido el feminismo. Y el otro temor es porque se lo asocia al lesbianismo. Porque hay lesbianas que aprovechan estos grupos para integrarse, porque están más cómodas entre mujeres. ¡Pero de ahí a pensar que todas las feministas son lesbianas es una generalización equivocada! Eso forma parte de la leyenda negra que el propio periodismo

masculino se encarga de difundir a través de todos los medios. Otro tema por el cual las mujeres le temen el término feminista, es porque éste produce una cierta irritación al hombre, y a la mujer le preocupa agradarle.

—¿No sería más lógico que la relación hombre-mujer pasara por el respeto mutuo y el tratamiento igualitario?

—El respeto del hombre pasa por colocar a la mujer en un pedestal, como lo hace con su madre, adjudicándole las mismas cualidades, lo cual es peligroso.

Lo más difícil en una relación de pareja es pensarse en términos de igualdad. Decimos que la mujer es igual al hombre; de eso no me cabe la menor duda. Lo importante es ver si el varón se siente igual a la mujer. Una vez más nos situamos en segundo lugar. Yo creo — y nuevamente la voy a citar a Simone de Beauvoir —, que el más mediocre de los hombres se cree un semidiós frente a la mujer, porque desde chiquitos les han enseñado que es así.

—Esto tiene que ver con aquello de que la historia pasó y pasa por ellos...

—Lo cual es una tremenda ingratitud por parte del varón, porque si no han habido mujeres célebres no fue por falta de talento o capacidad, sino —entre otras cosas—, porque permanentemente estuvieron sirviendo a esos hombres y criando a los hijos.

NIDIA ALABARCE.